

mismo derecho natural, todo lo cual atropellaba la ambición de los conquistadores, que mancillaron su honor, la historia de su nación y dejaron una prueba indeleble, de que en nombre de la civilización, procedían realmente animados de una *barbarie ilustrada*; pero la barbarie salvaje de los naturales, dió pruebas de hacer mejor uso del sentido comun, que sus civilizados opresores, y de ser mas lógicos que nosotros, procurando desechar oportunamente el maléfico influjo de los extranjeros, que como una funesta pesadilla, viene gravitando desde hace tres y medio siglos, sobre este pueblo tan infortunado, como digno de mejor suerte. Quiera el cielo, que cuando ya entramos en el último tercio del siglo XIX, México conozca sus derechos, los grandiosos elementos de prosperidad que la mano poderosa del Autor de las sociedades ha querido depositar en su seno, y que buscando el núcleo de su fuerza que es la union de sus hijos, en el sólido pedestal de la conciencia de su propia dignidad, se eleve magestuoso á la altura que le corresponde en la gran familia de las sociedades civilizadas!

Cinco españoles que estaban desprevenidos en una finca de campo poco poblada, fueron las primeras víctimas de esta conjuración: el real de minas de las Virgenes de Topia, fué incendiado; y como este, fueron muchos pueblos, en que las iglesias eran tambien entregadas á la voracidad de las llamas. Aquella insurrección se extendió por todos los caminos mas transitables, y los españoles se concentraron mientras se mandó aviso á Durango, para implorar el auxilio del gobernador.

Quince dias habian podido defenderse, teniendo ya muy poca esperanza de quedar con vida, porque los indígenas se habian aumentado hasta el número de ochocientos y cada dia peleaban con nuevo brio y con tanta regularidad, que desmentia la barbarie que se les atribuía. Al fin de

este tiempo, y cuando ya estaban dispuestos todos á morir, llegó D. Francisco Ordiñola gobernador de Durango, con alguna fuerza: á este mismo tiempo llegó tambien el Sr. Mota, obispo de Guadalajara, para interponer el influjo de su autoridad espiritual, en beneficio de la tranquilidad de aquellos pueblos. El gobernador abrió una campaña formal contra los indígenas que á su presencia huyeron á las quebradas de la sierra, donde se defendian con heroico valor, resueltos á morir y á sufrir la hambre conservando su libertad, antes que conseguir el sustento á costa de la esclavitud á que los sujetaban los españoles, (10)

Viendo el Sr. obispo Mota, que aquellos medios violentos empleados por el gobernador para atemorizarlos, servian para obstinarlos mas en la defensa que habian emprendido, de acuerdo los dos se comisionó al padre jesuita Santarén, que por haber sido su primer maestro en la doctrina cristiana, lo respetaban como á su padre en Jesucristo, y con su influjo podia hacerlos deponer las armas y restituirlos á la paz de sus hogares. El padre bien sabia el peligro á que se exponia en el desempeño de esta comision, sabiendo la determinacion de los naturales; pero dispuesto siempre á hacer sacrificio de su vida en beneficio del bien de los pueblos, no vaciló en admitir yendo acompañado de algunos soldados, varios individuos amigos y una bandera blanca con una cruz, para ponerse á cubierto con los enemigos de alguna suposicion hostil.

Los acaxees no recibieron mal al padre; pero aun no se determinaban á rendirse á sus afables insinuaciones, cuando la tropa les hizo prisioneros á los naturales gran número de niños y mugeres, que despues de tratarlos con afabilidad y respeto, las mandó devolver el gobernador man-

10 Torquemada part. prim. lib. 5 cap. 44.

dando castigar con pena de muerte al que se atreviera á insultar la vida ó el honor de aquellas indefensas personas. Esta accion de generosidad, acabó de ablandar el ánimo de los indomables acaxeés, y ya estuvieron dóciles á las exhortaciones del padre Santarén, que bajó con ellos de la sierra, para presentarlos al gobernador, ante quien protestaron de nuevo su obediencia. Conseguida la pacificacion de los acaxeés, se siguió la guerra con los sabaibos, que ocupaban la parte mas áspera y fragosa de la sierra de Topia: dos meses empleó el gobernador de Durango en esfuerzos inútiles, porque en un terreno tan desventajoso para la tropa, poco avanzaban en sus operaciones, que quedaban burladas por la astucia de los indios y las dificultades del terreno: algunas veces, ponian sus hogueras en las cimas mas altas de los cerros; y cuando el ejército se encaminaba á ellas con gran dificultad, lo atacaban por retaguardia ó algun flanco, en un punto boscoso ó mas difícil para las evoluciones de la tropa. Entonces el Sr. Mota y Escovar, mandó en su nombre al mismo padre Santarén acompañado de otras personas, para negociar la pacificacion de los sabaibos: les hacía advertir, que sabia muy bien que la causa de su hostilidad era los malos tratamientos que habian recibido de los españoles; pero que como su pastor espiritual y ministro del Dios de la paz, que tanto se ofendia de los excesos de la guerra, los invitaba á que bajasen pacíficos, empeñándoles su palabra, de que conseguiria con el gobernador los tratásen él y los demas españoles, con la piedad y misericordia con que deben verse todos los cristianos como hermanos é hijos de una madre comun. Y para autorizar la embajada, les mandó su mitra y anillo pastoral. A estas pruebas de paternal solicitud, no se mostraron insensibles los sabaibos; pero obrando con prudente precaucion, pidieron de término hasta la luna siguiente para

resolver á la invitacion del prelado. Durante este tiempo en que los indigenas se ocupaban de conferenciar su resolucion, un dia fueron sorprendidos por el capitan Canelas: pero en medio de la turbacion que les causó la presencia de sus enemigos, acordaron salir á su encuentro sacando enarbolada en una asta como bandera, la mitra episcopal: el capitan se bajó del caballo y besó con profunda reverencia aquel objeto de respeto, haciendo lo mismo todos los soldados; y viendo los indios la veneracion que los españoles tuvieron á la mitra y que por su respeto no les causaron mal alguno, se resolvieron á bajar de paz hasta el Real de Topia, donde se celebró el término de la guerra con una función religiosa, en que predicó el Sr. Obispo, recomendando á indios y españoles, el exacto cumplimiento de sus deberes, tratándose como hermanos de la gran familia de Jesucristo, que dió su vida por la salvacion comun de todos los hombres. (11). Concluida ya la pacificacion de toda la provincia, restituidos todos los habitantes á sus respectivos pueblos, reparadas las Iglesias y casas destruidas y ocupados ya todos en sus distintas labores, el Sr. Obispo atravesó la sierra y en el pueblo de Santiago Papasquiari reunió á todos los gefes de los Tepehuanes que habian ofrecido tomar parte en la conjuracion y con sus piadosas exhortaciones, los decidió por la paz, administrándoles el bautismo á los que aun permanecian en la gentilidad, y que estaban ya en estado de recibirlo, debido á los anteriores trabajos de los padres de la compañía, en aquellos pueblos. Antes de estos acontecimientos en el año de 1596, deseando extender la dominacion de los reyes de Castilla, dispuso el virey Conde de Montetey, mandar una expedicion que descubriera la provincia de Californias, de cu-

(11) Torquemada lug. cit. Alegre tom. 1.º pág. 423. ESTUD. T. 3.º-P. 23.

ya riqueza se tenían tales noticias, que había sido el objeto constante de las doradas ilusiones de los conquistadores, desde el Marqués del Valle. Esta expedición se encargó al capitán Sebastian Vizcaino, hombre experimentado en la navegación y práctico en los mares de las costas meridionales y occidentales. Se mandó equipar la flota que debía conducirlo, preparar los soldados y los religiosos franciscanos que se habían de ocupar en la conversión de aquellos infieles, y preparado todo lo necesario á la empresa se dieron á la vela en Acapulco. Los navíos fueron costeando en su camino, para reconocer todo lo que en tierra firme, hubiera quedado sin descubrir en los viajes anteriores; y así llegaron hasta las islas de Mazatlan, acercándose al puerto del mismo nombre para hacer agua y surtirse de algunas provisiones, de donde se separaron cincuenta soldados por creer que no llevaba la expedición los elementos necesarios. Vueltos á hacer á la vela los navíos, caminaron cinco dias por la boca del seno de la California, y al fin de ellos descubrieron la tierra que deseaban dispuso el general saltar á la tierra con algunos soldados; pero reconocido el país y no pareciéndole á propósito para poblarse, pasó adelante y en otro puerto que llamaron S. Sebastian, desembarcaron y reconocieron tambien el interior de la tierra, que aun no les agradó. Siguieron costa á costa su camino, hasta donde es hoy el puerto que desde entonces llamaron de la Paz: en él desembarcaron, hallando los vestigios que dejó en una de sus expediciones el conquistador Hernán Cortés; y sobre ellos formaron casas con las ramas de los árboles, cercadas con una muralla de madera, para estar á cubierto de un ataque de los indígenas, que en todos los lugares de la costa donde habían desembarcado, habían manifestado su desagrado por la llegada de los extranjeros.

Toda aquella costa era muy abundante en la pesca de

perlas y por eso los indígenas las poseían en gran cantidad formando de ellas grandes collares y otros distintos adornos para engalanar sus cuerpos. En el real de los españoles, se formó pronto una especie de feria, donde los naturales ocurrían en gran número con perlas, pescados y algunas frutas en que abundaban los espesos bosques de su territorio; y mientras alguna parte de la tripulación se ocupaba en seguir la ruta de sus descubrimientos, los religiosos empezaron á doctrinar á los indígenas, que muy dóciles oían las exhortaciones de los misioneros, entregándoles á sus hijos, para que en sus corazones aun no despiertos al estrago de las pasiones, fructificara con mas abundancia, la semilla de la predicación evangélica.

A los dos meses volvió la expedición que había salido del puerto de la Paz, por que los bastimentos se les consumieron: y habiéndose tambien agotado los que se embarcaron en el puerto dispuso Vizcaino, su vuelta á la Nueva España, antes que del todo se acabaran los pocos víveres que les quedaban. Los naturales que habían recibido algunos agravios de los soldados, se alegraban de su partida; pero sentían notablemente la separación de los padres, á quienes se habían aficionado sinceramente por la mansedumbre de su carácter y la dulzura de la doctrina que les enseñaban. «Persuadían á los religiosos, dice Torquemada en el cap. 41 del lib. 5º, que se quedasen allí con ellos, y que se fueran los soldados que no era buena gente; porque los trataban mal y les tomaban todo lo que tenían.»

Pero no pudiendo entonces accederse á esta piadosa petición, salió del puerto, Vizcaino, con toda la gente de su expedición y en breves dias arribaron al de Acapulco de donde habían salido.

El año de 1599 por muerte de Felipe II, empuñó el cetro de Castilla, Felipe III: y como en aquel tiempo la gran

riqueza de aquella Corte, la formaban las posesiones que tenia en las Indias Occidentales, el nuevo monarca se empezó á instruir de los negocios pertenecientes á ellas, por lo qual vino en conocimiento de la gran fama que tenian las riquezas de las Californias; y dió orden al Conde de Monterey, que á costa de la corona equipara una expedicion para que explorara todas las costas y descubriera toda aquella tierra, que podia dar tan grande realce á la corona castellana.

El virey volvió á confiar este encargo al mismo capitán Vizcaino, y con los soldados necesarios para la jornada y tres religiosos carmelitas, volvió á emprender su camino del puerto de Acapulco, de donde salieron el año de 1602. Esta jornada fué de felices resultados, bajo el punto de vista de los adelantos científicos, porque surcando las naves de Vizcaino, la superficie de aquellos mares, trazaban una senda de comunicaciones, por donde la civilizacion se pusiera mas tarde en contacto, con las mas remotas regiones occidentales; pero fué infeliz bajo el aspecto del interés material en sus resultados próximos; porque ni se hallaron los grandes tesoros que efectivamente escondian las entrañas de aquel terreno avaro y que mas tarde han contribuido á la grandeza de otro pueblo, ni por entonces se pudo hacer otra cosa que reconocer las ignotas costas de aquella tierra ingrata, que negó sus favores á las fatigas de los castellanos. Despues de reconocer las Bahías de S. Bernabé, S. Simon y Judas: las islas de Cerros y la Asuncion; y los puertos de S. Diego y Monterey, Vizcaino tuvo que volver, porque atacada su tripulacion de un fuerte y contagioso escorbuto, los que no morian estaban incapaces de manejar los instrumentos de las naves; y con graves dificultades regresó al puerto de Acapulco, de donde los pocos que escaparon á la fuerza de la enfermedad, pasaron á México para recibir la enhorabuena del virey, que ofre-

cia tener muy presentes los padecimientos que habian sufrido por el esplendor de la corona de Castilla.

Durante la administracion de este virey, se descubrió en 1692, el reino de Nuevo Leon y se fundó su capital llamándola Nuestra Señora de Monterey. La poblacion mas abanzada por ese tiempo, hacía ese rumbo donde se habian reconcentrado millares de indígenas, así de los pueblos incultos y salvajes que huian de la civilizacion, como de otros, que aunque fáciles para adoptarla buscaban despues en las soledades de los bosques, abrigo y refugio en contra del peso que les hacia resistir la opresion de algunos avaros europeos, era el presidio del Saltillo que fué declarado capital de la provincia de Coahuila. La experiencia de mas de setenta años, habia confirmado bastante la ineficacia de las armas para obrar la reduccion de los indígenas, que apareciendo insensibles á las fatigas de la guerra y á los horrores de la muerte por defender la independencia de su territorio, eran estremadamente dóciles para atender la palabra de la predicacion evangélica. Con este conocimiento siempre se mandaban á la vanguardia de las tropas y de los pobladores españoles, los miembros de alguna familia religiosa, que con su humildad y paciencia desarmaban el implacable furor de los guerreros indígenas: con este fin se habia fundado en el Saltillo un convento de religiosos franciscanos y continuamente se proveia de obreros que trabajaran en el extenso campo que presentaba tan dilatada gentilidad.

Se habian fundado ya muchos pueblos en que brillaba la luz del evangelio, entre los coetzales, baursorigames y tobozos, como S. Miguel de la Boca, Santa Rosa, San Buenaventura y otros varios; pero casi nada se habia penetrado por el Norte y Oriente de esta provincia. El año de 1602 salió del convento del Saltillo, el padre Fray Andrés de Leon con otros compañeros, conducidos por algunos indios ya redu-

cidos á vida civil, y llegando á un lugar muy poblado, donde á su número de habitantes se reunian el buen clima y la feracidad de la tierra, se determinó á fundar allí una mision, desde donde recorrió la dilatada estension que mediaba entre ella y las costas del mar. Toda esta tierra era muy abundante en vetas de plata y en ella habia prodigado el autor de la naturaleza los favores de la fertilidad, pues todo era á propósito así para la cria de ganados como para el cultivo de toda clase de semillas. El gefe del presidio del Saltillo, dió cuenta al virey, de las tierras recién descubiertas informándole de lo abundante que eran en la produccion de todos los frutos de la naturaleza.

Por este tiempo tambien los religiosos franciscanos del convento de Charcas, servian la mision de Matehuala y observando que á ella concurrían varios gentiles de algunos pueblos distantes, el prelado de aquella comunidad dispuso fundar por sí mismo una mision, en la cual caminó con tan buen éxito, que pronto quedó civilizado y reducido á vida civil todo el partido de Rio Blanco. Con este territorio y todo el descubrimiento hecho por el padre Leon determinó el virey que se fundara el nuevo reino de Leon, dándole este nombre en honor del religioso á quien se debia su descubrimiento, como por la semejanza que su territorio tenia con el que en España llevaba el mismo nombre; y para perpetuar la memoria del virey en cuyo tiempo se hacia esta fundacion, se dio á la capital de esta nueva provincia, el nombre que ya dejamos dicho, de Nuestra Señora de Monterey, á la cual se mandó por gobernador á D. Diego Montemayor, con 34 familias de españoles artesanos, y labradores, concediéndoles grandes privilegios y repartos de las mejores tierras. Los favores que el virey dispensaba á la nueva provincia y las ventajas con que ella contaba por la

naturaleza, atrajo gran concurso de gente, y su poblacion tuvo rápidos aumentos, así para explotar algunos minerales, como el de Vallesillos, Higuana y Villaldama, como para el cultivo de las fértiles campiñas, que pronto fueron haciendas de las mas ricas de la Nueva España.

En el año siguiente de 1603, el Conde de Monterey, fué promovido al vireinato del Perú y en Setiembre de ese mismo año, llegó á Veracruz D. Juan de Mendoza y Luna, Marques de Montes Claros, para ocupar el Gobierno de México. El conde de Monterey es tenido como un hombre de grandes virtudes y como uno de los mejores vireyes de la Nueva España; pero los excesos cometidos en las congregaciones de los indígenas estienden una negra sombra sobre su memoria: porque si los agravios que recibieron en estas medidas de iniquidad, los principios de la eterna justicia, no fueron el resultado de la perversidad en su corazon, cuando menos fué un triste testimonio, de que la debilidad de los que gobiernan, no es ni menos criminal ni perniciosa, que la malicia.

CAPITULO X.

Vireinato de los Marqueses de Montes Claros y Salinas.

En la ciudad de Otumba recibió el Conde de Monterey al Marquez de Montes Claros, y despues de cumplimentarlo como convenia, marchó á su destino por el puerto de Acapulco y el Marquez entró á México el 27 de Octubre de 1603.

Muy poco tiempo despues de su llegada hubo lluvias tan abundantes, que no pudiendo contenerse las aguas en los antiguos vasos de las lagunas, se inundaron los campos y